



Don Gutierre de Cárdenas, Duque de Maqueda y Comendador de León.

BAJO RELIEVE

QUE REPRESENTA

el asalto y entrega de Ronda (1).

Corría el año de 1485, y habían caído en poder de los Reyes Católicos varias plazas fuertes, villas, y lugares que poseían los moros, como Alora, Setenil, Benamagüez, Coin, Cartama y otros en el reino de Granada.

El Rey Fernando, animado con tan prontos y felices sucesos, se propuso atacar á Málaga, habiéndose trabado una porfiada escaramuza entre las tropas ligeras del Rey Católico que para el efecto había adelantado, y los moros escogidos de la guarnición que salieron con gran ímpetu, en la que perecieron bastantes combatientes de una y otra parte.

Después de la acción el marqués de Cádiz manifestó al Rey Católico, no ser conveniente por entonces empeñarse en un sitio formal contra Málaga, por las dificultades que presentaba el sitio, y se decidió en consejo de capitanes el caer de sorpresa sobre Ronda, á causa de hallarse su alcaide Hamet, el Zegri, ausente, recorriendo y talando los estados del duque de Medinaceli, según se supo por confidencia de un moro llamado Jusuf Jerife, y encontrarse la ciudad de Ronda con escasa guarnición para resistir un ataque repentino.

La ciudad de Ronda está situada sobre una roca rodeada casi por un valle bañado por las aguas de Rioverde, en la Serranía á que dá nombre dicha ciudad, siendo entonces una de las mas importantes fortalezas fronterizas. Era además célebre tanto como depósito de los cautivos cristianos que llenaban sus mazmorras, como por los despojos y riquezas que poseía su valiente y temible alcaide el Zegri Hamet; además de tener una guarnición escogida, decidida, robusta y diestra, en el manejo de las armas, que tenía aterrados á los cristianos fronterizos.

(1) Por una equivocación material se cambiaron los títulos de los bajo relieves de Toledo que hemos dado en los últimos números: al que representaba el Asalto y entrega de Ronda, se le designó por la Entrega de Baza.

El Rey Católico conoció lo fundados que eran los consejos de sus capitanes; entre ellos el marqués de Cádiz, persona de mucha autoridad y crédito en el arte de la guerra, y además por ser Ronda una de las principales plazas fuertes y llave del reino de Granada. Se dejó para mas adelante el proyecto de sitiar á Málaga, y con mucho sigilo y rapidez; dispuesto todo lo necesario como para tal empresa convenia, se pusieron las huestes en camino, cayendo repentinamente sobre Ronda. La escasa guarnición se defendió valientemente alentados en que pronto recibirían auxilios de su alcaide Hamet. Pero los estragos de las piezas de batir llamadas lombardas, causados en sus muros, de los que había echados por tierra tres torreones, y parte de la muralla, hicieron conocer á los moros al cuarto día, que la plaza con sus fuertes muros y torreones, no podía resistir á tan horribles máquinas.

Hamet el Zegri, cargado de botín volvía á Ronda, fué avisado de cómo los cristianos tenían puesto sitio á la ciudad. No se atrevió á dar crédito al aviso, hasta que desembocando por una de las gargantas de la Serranía, oyó el sordo rumor de la artillería y aguijando su caballo y á su gente dió vista á la ciudad. Cuál fué su sorpresa al ver el campo cristiano que tenía puesto sitio á Ronda, y gran parte de las murallas por tierra.

Lleno de coraje quisiera acometer inmediatamente el real de los cristianos; arengó á sus valientes gomeles; pero como prudente y esforzado capitán, esperó á una hora muy avanzada de la noche, y habiéndose situado con mucho sigilo en un sitio á propósito, permaneció oculto, hasta que á la última vela, conociendo que seria la hora á propósito para estar los cristianos entregados al sueño, acometió de improviso, y con resolución desesperada al ejército cristiano, cuya mayor parte dormía, con intento de abrirse paso por entre los sitiadores, y meterse en la ciudad para defenderla; pero el campo cristiano vigilante como en tales casos requería, se puso en arma, y cargando á Hamet y su gente, le obligaron á refugiarse en la sierra.

Entonces el Zegri Hamet, hizo llamada de gentes de la Serranía por medio de hogueras en las cimas de los montes y reunidos muchos moros, que presurosos habían acudido al llamamiento, intentó de nuevo otra embestida; esta tuvo igual éxito que la primera, y lo mismo otras varias, habiendo muerto en estos combates los mas valientes caballeros moros.

25 DE SEPTIEMBRE DE 1485.

El ejército cristiano, no por esto dejaba batir los muros de la ciudad, reduciendo á los sitiados á la mayor estrechez. El marqués de Cádiz se apoderó de los arrabales, y las murallas y torres estaban casi arruinadas, faltando solo la fortaleza principal que se alzaba sobre un peñón.

Los cristianos empezaron á arrojar á la ciudad balas de cáñamo con pólvora, y untadas con alquitran, y al mismo tiempo piedras de canto y pelotas de hierro fundidas en molde.

Conociendo los moros que ningún recurso de auxilio les quedaba, pues Hamet permanecía en la sierra triste espectador, sin atreverse á acometer á los cristianos por los descabros sufridos, y la falta de provisiones, habiendo muerto además la gente mora mas valerosa de la guarnición, faltándoles por último el agua, que el marqués de Cádiz hizo que sus ingenieros cegasen el caño de la fuente por medio de una contramina, trataron de rendirse á los cristianos bajo ventajosas condiciones que el Rey Católico les concedió, en atención á que era penoso el trabajo de sitio de los cristianos, faltando aun por batir la fortaleza, y que pudieran acudir á librar la ciudad los moros de la Serranía, y otras partes.

Las condiciones que el Rey Fernando otorgó á los moros de Ronda fueron: marchar con sus bienes á Africa ó á cualquier otro punto mahometano, y á los que quisiesen permanecer en España se les señalaran tierras en que pudieran habitar, permitiéndoles además ejercer su culto.

Se sacaron de las mazmorras donde yacían aherrojados, casi desnudos, y hambrientos, á multitud de cristianos, de todas condiciones y sexos. Fueron conducidos á Córdoba, en donde la magnánima Reina Isabel la Católica, compadecida de ellos, los hizo vestir, dándoles además dinero y vituallas para que pudieran regresar á sus casas.

Todas las cadenas que habían servido para aprisionar á estos cautivos, fueron colocadas como trofeos, por mandato de los Reyes Católicos en el exterior del convento en S. Juan de los Reyes, en la ciudad de Toledo, donde aun quedan bastantes. (1)

Sujeta la ciudad de Ronda, se entregaron en seguida á los Reyes Católicos muchos pueblos, entre ellos Cazarrabonela y Marbella. Tal fue el éxito de esta jornada para honra y fama de las armas cristianas.

El adjunto dibujo representa á la izquierda uno de los asaltos que debió sufrir la ciudad en aquel memorable sitio. Los cristianos están unos escalando el muro, mientras que otros los protegen, ofendiendo con sus arcabuces á los moros que sobre los Adarbes tratan de repelerlos. Ya peleando en la muralla blanca, ya lanzando enormes piedras. Al pie del muro se vé pelear cuerpo á cuerpo un cristiano que tiene vencido á un moro, á quien amenaza con el brazo derecho, que está roto en la escultura.

A la derecha del espectador está el ejército cristiano á caballo y con la bandera ondeando bajo de la cruz. Un moro besa la mano al Rey Católico en señal de homenaje, mientras que otro saluda al mismo monarca arrodillándose y cruzando los brazos sobre el pecho, y un tercero trae en la mano la llave de la ciudad y la presenta al Rey. Forman el fondo del cuadro los muros de Ronda.

GUACANAJARÍ.

III.

CAONABO.

¡Mas triste que el último día del hombre, es el alma del infeliz que enlutado y lastimoso ha perdido para siempre la esperanza! ¡ay! con esperanza, querer es poder; y el odio mismo que duerme encerrado en el corazón y se despierta agitando el entendimiento, y que en el sueño estremecer el organismo; ese odio implacable y que á todas horas es el delirio único del alma, que principia por el resentimiento, y concluye por la venganza; que es ingenioso y se atreve á las acciones mas inauditas y solo la voluntad de Dios puede oponérsele, es omnipotente y terrible, porque es hijo maldito de la esperanza. ¡Ay de la criatura á quien ha de herir con su veneno, si sale de un alma inteligente y dominada por la constancia y el dolor!... pero á la aflicción lúgubre del desgraciado que llora, á las lágrimas del infeliz, que recuerda los días dichosos, lleno de angustia, huérfano, solitario y perseguido, si tiene perdida la esperanza, no lo olvidan ni las sonrisas de la alegría, ni los consuelos del olvido, ni el porvenir embriagador de la eternidad; ¡á los que lloran, ay! desesperados y adormecen el eterno dolor siempre

(1) Un jefe político que por vergüenza no nos nombramos, mandó arrancar varias de estas cadenas hace algunos años para colocarlas en el paseo llamado de la Vega, en Toledo, camino de Madrid. Y aun nos han asegurado que se pagó á el herrero que colocó dichas cadenas en el citado paseo, en hierro del mismo. ¡¡¡Qué ignominia!!!

en el alma, no los cura el bálsamo de la ciencia, ni los tranquiliza el sueño; para ellos no corre el tiempo que todo lo destruye; y sin poder acabar nunca, porque el dolor es una ponzoña que alimenta y alarga la vida, y solo tiene lenitivo en la obscuridad del sepulcro, y por eso yo deseaba morir, porque había perdido para siempre la esperanza.

En mi eterna inquietud, me consumían los recuerdos de la extranjera, y las lágrimas de Ainaima, que desde el sepulcro me llamaba; porque la voz de los que mueren se escucha en la tierra, y se vive con los muertos, y hay entre ellos y los que existen, una correspondencia que entretiene dulcemente la tristeza de los que no alimentan en el alma la cruel ingratitud. Yo la nutría, sin poderla arrancar de mis entrañas; sin embargo de conocer la impiedad con que me devoraba.

Cerrado el corazón para todo el universo; mis guerreros no oían mi voz; los sacerdotes no veían mi frente; tenía las vírgenes y los sábios alejados de mi palacio; los ojos se distraían solamente mirando el término vago del horizonte, y mi dolor se había acostumbrado á llevar el cuerpo á la orilla del mar, para contar allí las ondas que llegaban á la ribera; porque en cada monton de espuma veía un recuerdo y una lágrima de la mujer que había envenenado para siempre los días de mi triste vida.

Por la tarde llevaba á mis hijos á llorar al sepulcro de su madre y luego recostada mi cabeza sobre la piedra donde aquella infeliz dormía el sueño tranquilo de la muerte; había jurado no separarme de su cadáver hasta que el Dios de mis abuelos cortase para siempre el hilo de mi existencia. Yo no podía dominar el espíritu interminable, señor de todos mis pensamientos; pero era dueño de la osamenta y de la carne en que se encerraban, y la osamenta y la carne no debían separarse de Ainaima, hasta la hora para mí dichosa, de la destrucción.

Así pasaban los días, de mi triste vida; cuando una tarde al ponerse el sol, oí á lo lejos un rumor parecido al eco confuso del trueno. Alcé los ojos buscando en el cielo la tempestad; pero el aire era apacible, las nubes de color de rosa se deslizaban con blandura por el espacio azul y transparente; el ruido crecía así como se agranda en su furia el estrépito del torrente, que hinchado por las lluvias se precipita de las altas montañas arrastrando á la mar los árboles corpulentos; poco á poco fué presentándose á mis ojos la realidad; era el grito de millares de guerreros, embravecidos por la desecoración, y sedientos de venganza: mis cabellos se herizaron y sin creer lo que mis ojos veían, me levanté aturrido del sepulcro de Ainaima. —La llanura estaba cubierta de caciques que se adelantaban como montones de nubes impelidas por el furor: su alarido de guerra dejó de estremecer el aire, pero el ruido de su marcha, era como la armonía de las incansables olas del mar, las filas de guerreros se espesaban como las nubes en el espacio, y la luna no había llegado á la mitad del cielo, cuando vi las altas montañas erizadas de capitanes, y preparados ya para los sangrientos combates.

¿Quién profana el silencio del sepulcro de los reyes, y viene á turbar la triste y melancólica meditación de mi alma afligida? exclamé lleno de rabia; y el eco repitió mi grito... por algunos momentos todo quedó sumergido en aterrador silencio; pero de las espesas falanges se adelantó un guerrero; era Caonabo, fiero como el caiman, y sombrío como la tormenta: Rey Guacanjari, me dijo cuando llegó á mi presencia; tu alma se ha envilecido por la ingratitud: el extranjero ha fijado para siempre su planta en la tierra de nuestros padres, y derrama en Samana (1) la sangre de nuestros hermanos. —Se apodera del oro de los rios, de las cibas, de nuestras mujeres, de nuestros hijos, insulta á nuestro dios, y profana el recinto sagrado de las cuevas de Cazibazagua; y entre tanto, que haces tú debil rey, ¿matas con pérdida ingratitud á Ainaima mas hermosa que la estrella de la mañana, dulce como la miel de Juanari y suspiro melancólico de nuestros capitanes? —Has encerrado en tu sepulcro las cibas de tu cuello, porque sin duda te presagiaba el corazón la ira del dios de nuestros padres; has olvidado tu religión; no vas á ofrecer sacrificios al Temez; los Bútios no ungen ya tu cabeza con el bálsamo sagrado, y el espíritu infernal de la ingratitud y del egoísmo, se ha apoderado de tus entrañas. — Rey Guacana-

(1) Era en la isla una gran cala donde entró Colon despues de haber salido del puerto de Haiti: mandó en un bote algunos marineros á tierra, los cuales encontraron la playa llena de indios armados de arcos y flechas; sin embargo, desembarcaron, y habiendo cambiado con los salvajes algunos objetos, volvieron á bordo trayendo á uno de ellos, al cual agasajó el almirante haciéndole varios donativos: le preguntó si aquella era la tierra de Caraiibi, enemigo de Guacanjari, pero no pudo obtener respuesta: al devolverlo á tierra, los marineros se vieron de pronto cercados de multitud de salvajes que habían permanecido ocultos detrás de las piedras y los arbustos de la orilla. El indio venido de á bordo, les decía á los soldados que no temieran; pero asustados del continente guerrero de los indios, desamainaron las espadas, y descargaron las armas hiriendo á dos de los salvajes; al momento tuvieron los demás dejando los arcos y flechas; fué esta la primera sangre que se derramó en América.

jari, ó deja la vida en el sepulcro y los Butios dividirán del cuerpo tu cabeza, para que el dios la purifique, ó empuña la flecha envenenada con la ponzoña de la serpiente, para herir de muerte al enemigo y regar con su maldita sangre la sagrada piedra donde descansan los reyes y la desconsolada Ainaima. Los guerreros de Maguana, de Cibao y de Sanica afilaron sus armas, y cuando se disparesen del arco, el sol no podrá pasar entre la espesa nube que formen en el aire, y sus puntas esterminadoras, herirán el corazón de los extranjeros para que la patria bendiga la mano que los esterminé.»

Cada palabra de Caonabo, abrasaba la sangre de mis venas, la tristeza hija del desaliento huyó asustada de mi corazón; la soberbia y el furor estremecieron mis entrañas, y me parecía llegar con la cabeza hasta las estrellas, tan terrible era la ira de mi alma: impío y audaz guerrero, le dije, que vienes á turbar el silencio de los sepulcros, y el dolor afanoso y cruel de mi corazón, manchando con amarga saliba la honra de tus reyes, calla y aparta los ojos de mi frente, porque tu vista profana la pureza de mis pensamientos, y no quiero que mi enlutada memoria recuerde nunca la osadía de tu lengua.—Caciques de Hahiti, á quien la diosa Vagoniana desde el silencio de las cuevas de Cacibazagua entregó á la dulce protección de mis amores; oíd la voz de vuestro tierno padre.—Yo soy el rey de los reyes, que os enseñé á cultivar la tierra, á bendecir vuestro Dios, á educar vuestros hijos, á adorar la justicia odiando con eterno desprecio la ingratitude de los nacidos.—Yo soy quien vencí con las armas vuestros enemigos; yo el que oí en las noches sagradas la voz del Tezmes y á quien consagraron los Butios, colocando en mi cuello los guaninos de los reyes.—Yo soy el que purifica el fuego del altar con la verdad y la rectitud, y de quien jamás salió injusticia, ni pensamiento ingrato, mentira, ni flojedad envilecedora, oíd mi voz, caciques de Hahiti, á quien el furor precipita en la oscura noche de la profanación. ¿Queréis que el cielo nos acuse de haber engañado al que en medio de la tempestad buscó el abrigo en nuestros hogares? ¿Queréis que durmiendo tranquilo en vuestro seno, se levante herido por la venenosa sierpe de la traición infame?... Falanges interminables de valientes; vosotros que sois terribles como la tempestad, á quien ningún poder de los nacidos, es capaz de oponerse, giras en porción tan innumerable á herir á un puñado de hombres, que duermen sin recelo á las orillas del mar, fiando en la palabra de amigo que les dió vuestro triste rey Guacanajari? ¿Queréis que el almirante oiga en medio de los mares, el grito moribundo de sus guerreros, pidiendo venganza, y que las sombras de nuestros padres, que presiden las batallas, avergonzadas se ocultan entre las negras nubes, para que no las salpique la traición con su impura mancha? ¿Queréis asediar al dormido para que se despierte cobardemente asesinado por la mano generosa de los caciques de Hahiti?... Hijos de las montañas de Cibao y de las espesas selvas de Maguana; el Tezme calme el furor de vuestro corazón y os bendiga... Al concluir mis palabras, las falanges de guerreros, se deshicieron en la obscuridad, como se pierden y disipan las nubes en medio del espacio; el día amaneció sin que mis ojos vieran los caciques que las conducían, para que el sábio no pudiera llamarlos al juicio tremendo; ni el alma acusarlos delante de la cuchilla del sacrificio, y la augusta majestad de los dioses.

Al caer la tarde fui á las orillas del mar; y me acerqué al recinto donde vivía el extranjero: llamé á su puerta; Ojeda, le dije á su capitán, te juré amistad y defenderte de mis enemigos; pero tus soldados insultan mis pueblos, y profanan el altar sagrado: el grito de su venganza ha venido á turbar la meditación de mi espíritu; manda á tus guerreros que no traspiquen el umbral de la puerta de los caciques de Maguana y de Cibao, porque allí les espera la muerte. Ojeda respondió á mis palabras con la sonrisa del desprecio; volví las espaldas, al sentimiento de la piedad, que jamás faltó á mi espíritu, ni en las horas mas desesperadas del martirio.

Pasaron muchos días, y á cada momento llegaba á mis oídos la queja desesperada de los hijos huérfanos, de las madres violadas, de las doncellas inocentes á quien el impío guerrero con pérfida fuerza, arrancaba de sus hogares; los sacerdotes lloraban la profanación de los templos y todos gemían esclavizados porque el extranjero no pedía ya; arrebatada cruel y con soberbia inaudita cuanto veían sus ojos avariados. En el corazón de los caciques hervía la venganza y en el pueblo se levantaba la desesperación que por todas partes hacía horizonte y sin que mi mano y mi justicia pudiera remediarlo, se cumplió la voluntad de Dios, que permite que todas las cosas sucedan, aunque se oponga á ellas la débil y decidida fuerza de los hombres.

Gutierrez y Escobedo, capitanes de los extranjeros, dejando las orillas del mar, cruzaron todo Hahiti y despues de matar un hombre de Sanica con las mujeres que habian arrebatado y nueve guerreros de-

fendidos con armas invencibles, invadieron las tierras del poderoso Caonabo, cacique de las minas de Cibao. Como se lanza la culebra de la yerba donde está escondida, deseoso de clavar su agudo diente, así se levantó el cacique, que oculto en los montes de Cibao espiaba los pasos del extranjero para cebar en su sangre su venganza. Mi palacio de Mavicu estaba lejos; á sus confines mi voz no llegaba y los granos de oro de sus minas lo hacían prepotente y amado: en su furor llamó los salvajes de las gantas del Yagui, á los habitantes de Maguana presididos por Manicate, Anacoana y Boechio, y les dijo: «guerreros, llegó el día de la venganza, la hora de los combates sonó en el cielo, y la estrella de sangre se levanta mas ardiente y severa que el sol.» Como se desprende de las montañas la formidable roca, imelida por la erupción de fuego que se esconde en las entrañas de la tierra y cae con espantoso ruido destrozando á su paso cuanto encuentra, así salieron de las cuevas los hombres de las sábanas y de las espesas sierras, capitaneados por el terrible Caonabo, que arrojaba fuego de los ojos enrojecidos por la rabia: empuñaba un tronco gigante sembrado de clavos de oro y tan pesado, que donde caía todo era desolación y ruina: lo lanzaba al aire como ligera pluma y al frente de los guerreros, cubierta la cabeza de vívidos colores, plutado el cuerpo de rayas negras y amarillas, parecía el dios tremendo de las batallas; ¡cuánto mas le valiera al extranjero el no haber nacido nunca!... al llegar al frente de los guerreros, Caonabo arrojó á Gutierrez con la velocidad del rayo, el pesado árbol que empuñaba con mano destructora: el golpe terrible resonó en la coraza de hierro del guerrero que cayó sin sentido sobre la tierra, vomitando espesa sangre por la boca y los oídos. Entonces acometieron las falanges Escobedo y sus demás compañeros, sembrando de muertos la llanura; pero Caonabo, asido á Gutierrez lo ahogó entre sus brazos obligándole á dejar la vida que dentro el cuerpo se defendía, hasta que huyó horrorizado de la furia del bárbaro cacique, y le arrancó la espada que empuñaba la mano moribunda con tan fiero empuje, que parecía fundida con la misma arma; al verla en poder de Caonabo, se aumentó la audacia de los caciques; los guerreros de Colon destruían filas enteras, cada soldado peleaba contra cien legiones; pero las falanges de los hijos de Hahiti eran interminables y parecían nacer del vapor de sangre de los que morían; al fin el extranjero sucumbió, cansado de matar, para morir de sed sin sentir su desastrosa muerte. Caonabo cubierto de golpes luchaba aun, teniendo entre sus brazos á Escobedo, y mientras mayor era el dolor de sus heridas, con mas furor apretaba el cuerpo descomulgado, arrancándole con los dientes pedazos de la carne magullada; acabó el combate con el estermínio de los nueve guerreros. Cuando llegó á mis oídos la noticia de la sangrienta batalla, mi espíritu se nubló de dolor y de vergüenza; el cielo habia decretado que todas las desgracias vinieran á amargarme... ¡en mal hora lució para Hahiti la luz de aquel día!... la sangre derramada por mis caciques cayó gota á gota sobre la corona de los reyes que sostenía pesarosamente mi cabeza; el furor de mis guerreros me habia cubierto de oprobio; yo ya no mandaba en el corazón de mis pueblos: todo me presagiaba que llegaban los últimos momentos del reinado de mi triste vida.

IV.

¿Quién se dirije al espíritu en las horas supremas y acibaradas, cuando se apaga hasta la luz de la razón y las tinieblas y la profunda oscuridad, son el mundo infinito que rodea el cuerpo y el alma? ¿á quién se dirije? ¿al Dios que dispone de las edades y señala la marcha de los astros y que dá brillo y calor á los rayos del sol en medio del caos eterno?... ¡ay! á ese se levantó mi corazón; y turbado, lleno de pesadumbre, me acoji á su sagrado templo; con mi propia mano alumbré el fuego del Tezmes; los Butios observando mi tético semblante, enlutaron sus cabezas postrándose afligidos delante de mi corona; el caracol llamó al altar los sábios y á los caciques: yo me levanté de la piedra de los reyes empuñando la venerada cuchilla del sacrificio, y lleno de angustia, les dije:—«Sábios y sacerdotes que gobernais con vuestra ancianidad los pensamientos de mi alma, y que distribuis con sabiduría la justicia sobre la tierra, os he llamado para oír vuestro consejo, para que disipéis la incertidumbre de mi espíritu, aclarando la noche donde se pierden mis ideas; ofreci mi amparo al extranjero que habita en las orillas de la mar, le dije á Colon al abrazarlo por última vez, llamándolo tiernamente mi amigo, que guardaría á sus guerreros como á mis propios hijos. Sus guerreros temerariamente han invadido las tierras de Caonabo, han profanado su hospitalidad con ingratitude y el homicidio. Caonabo, despertando del sueño, ayudado de sus caciques los ha despedazado y ha esparcido sus osamentas por las llanuras de Maguana: juré protegerlos, Caonabo ha jurado esterminarlos; sacerdotes, sábios, guerreros de Hahiti; necesito que vuestro consejo disipe las nieblas que envuelven mi entendimiento, y si ha de salir de mis labios el grito de guerra, vuestro consejo guiará mi brazo en las batallas. La voz del Tezmes me manda empuñar la cuchilla de la justicia

para proteger al extranjero á quien mi corazón ofreció sagradamente hospitalidad...» Al concluir mis palabras, los sábios inclinaron la cabeza: el grito de guerra estremeció las paredes del templo; los caciques formaron su falange: mis ojos no podían abarcar aquella multitud de guerreros que se aprestaban al combate y que eran tan innumerables, como las arenas de la orilla del mar.

Entonces el Butio alzó la rama de ébano y los caciques se prepararon á oír; y el sacerdote rompió el silencio: «Hijos de Hahiti, les dijo estremecido por la inspiración, el Tezmes escuchó en la eterna oscuridad, la hora sangrienta del combate: las sombras de los reyes se levantan del sepulcro y empuñan la aguda flecha y el escudo redondo como el sol: entre las nubes se preparan á guiarnos, no hay mayor gloria que morir por la patria, las armas en la mano y con la ira en el corazón; la sangre corra á torrentes; el fuego consuma la emboscada del enemigo; no endulce la piedad el alma del que hiere, y la viuda no lleve al sepulcro la osamenta del que vuelva la espalda en la pelea; hierva en el corazón el odio y la venganza: y el valor de los héroes acompañe al sepulcro á los guerreros; el Tezmes sea con vosotros.» El Butio dió la señal, y los guerreros se levantaron para seguirme: yo iba rodeado de mis capitanes, como la luna de estrellas en las noches apacibles de la primavera.

Ya me acercaba á la orilla del mar, cuando el alarido de victoria llegó á mis oídos... mi corazón se estremeció de espanto; veloz como el relámpago, me adelanté con mis caciques; sorprendió mi vista el fuego que consumía los bosques, la sábana y la fortaleza de los extranjeros; sus máquinas para lanzar el rayo, permanecían mudas; los guerreros no defendían el hogar invencible donde antes levantaban su orgullosa bandera ¿quién había osado llegar al recinto protegido por el juramento de los reyes de Hahiti?... ¡ay!... el feroz Caonabo que había jurado el exterminio de los extranjeros...

Apenas restañada la sangre de sus heridas, llamó los caciques, los enfureció con el valor salvaje de sus entrañas, y como la fiera lleva á sus cachorros á devorar la presa, así los condujo á la fortaleza del extranjero para despedazarlo. Tres veces la arremetió como el mar á los arrecifes: las máquinas de lanzar el rayo vomitaron la muerte, abriendo en las espesas falanges anchisimos huecos, sembrando de cadáveres la arena; pero Caonabo enfurecido cada vez mas, como el ángel de la destrucción, desesperado de la resistencia, puso fuego con su propia mano á la selva y con los cuerpos muertos hizo inmensa pira alrededor de la fortaleza, que ardió levantando su llama á las altísimas nubes; el extranjero tembló horrorizado de tan bárbara ferocidad y buscó en la mar su salvación encontrando la muerte en sus salobres entrañas. Todos se anegaron como héroes, todos perecieron: ni uno solo quedaba de los soberbios hijos del sol, cuando mis caciques ordenando las filas en batalla arremetieron con las falanges de Caonabo.

Como enfurecidos chocan sin concierto las espantosas olas, deshaciéndose en espuma y saltando por sobre los peñascos, así se encontraron montones de guerreros,—ni un ay, turbó el rumor de la matanza; las flechas silbaban; el golpe seco de los escudos revelaba la crueldad del encuentro: la sangre corrió á torrentes y calentaba el suelo: yo peleaba cubierto de heridas en medio de las filas de mis caciques, cuando Caonabo llegó á mi encuentro: sus ojos despedían fuego, y su mirada era como la del buitre; le arrojé al corazón mi aguda flecha; pero lo protegía el ángel:—su mano clavó en mi seno el dardo de la muerte, y caí á sus ojos bañado en sangre: entonces terminó la lucha; los sacerdotes me levantaron en sus hombros; los guerreros doblaron la rodilla, llenando el aire de lamentos, y Caonabo huyó de la pelea á ocultarse en las profundidades de las cuevas; postrado por la pesadumbre y la pérdida de sangre me llevaron á mi palacio de Marien.

Humeaban los árboles de la selva y las cenizas de la fortaleza aun estaban calientes; cuando en el horizonte divisaron los caciques diecisiete grandes barcos (1) que se acercaban á la orilla, impelidos por el viento: parecía que Colon escuchó en el seno de los mares el lamento moribundo de sus guerreros y corría á vengarlos... mi pueblo huyó á

escondérse en la oscuridad de las selvas y en las aberturas de las montañas. Los caciques de Cibao, de Maguana, de Saabana y de Saucica, se retiraron á las orillas de oriente, desconocidas del extranjero: rodeado de mis sacerdotes, oí el ruido de la bombardas que retumbó por dos veces en las playas desiertas, sin que le respondiera otra voz que el eco temeroso de la tierra.

Afligido mandé á mi hermano (1) que saludara al extranjero que llegaba y le contara mis desgracias, la batalla con mis caciques, la quema de su fortaleza y la horrible muerte de sus guerreros;—el almirante al oír las nuevas de mi dolor y la tremenda historia de sus soldados, derramó amarguissimas lágrimas; de su alma se apoderó la desconfianza; creyó que la traición movía la lengua de mi hermano; pero vino á verme al día siguiente y sus manos tocaron mis abiertas heridas;—entonces lloró conmigo el rigor de mis desgracias, me estrechó tiernamente entre sus brazos, me juró que su amistad duraría hasta el último momento de su vida, y á sus palabras sentí revivir el alma.

«Rey Guacanajari, me dijo, te vengaré de tus enemigos porque eres bueno. Caonabo y sus guerreros no profanarán mas el sepulcro de tus padres ni turbarán el sueño de tus ojos.»—Entonces mis sacerdotes le presentaron la corona de oro que labraron mis sábios; los mas grandes pedazos de aquel metal que hasta entonces produjeron las minas, y ochocientos cibas mas relucientes que las estrellas del cielo.—Colon recibió mis dones con la ternura del amigo y me estrechó entre sus brazos; ¿dónde está la extranjera, le pregunté sollozando, —en la tierra de sus padres, me respondió, y no volverá nunca á tus playas.» Sus palabras fueron la última herida que recibió mi afligido corazón—yo no había bajado al sepulcro, porque esperaba volverla á ver: perdida la esperanza, era necesario morir.

¿Quién ha sido entre los hombres el que haya derramado mas lágrimas que yo?... ¿quién ha visto morir de pesadumbre recostada sobre el pecho y herida por la ingratitud, la mujer mas tierna que nació de madre, pura como la luz trasparente de la mañana? ¿quién ha visto desecha su corona y por el suelo pisoteada de sus guerreros, y derramada la sangre de sus venas por la mano de sus propios hijos? ¿quién le arrebató el amor de una extranjera, esposa, patria, hijos y la corona heredada de cien reyes, todas las ilusiones y por fin la vida entre los mas horribles martirios?... En la infinita historia de los nacidos, habré sido el único rey que haya apurado hasta las heces la hiel de la amargura, sin tener una hora de tregua en el dolor, ni un minuto de consuelo, ni de los hombres ni del cielo...

Y para mayor oprobio, para que mi cuerpo bajara al sepulcro señalado de todas las crueldades iniciales de la desgracia, yo que nací rey de los reyes, que enseñé mis pueblos á conocer y á bendecir á Dios, á amar á su prójimo; que castigue como el mayor de los crímenes, la ingratitud y la traición; yo que le di á los extranjeros con la hospitalidad de mi alma, mis hijos, mis tesoros y todo el amor de mis entrañas; vi antes de morir mi palacio destruido por su avariciosa mano; profanado el sepulcro de mis abuelos; vi con los ojos arrasados en lágrimas removida de la piedra mortuoria, la osamenta bendita de la pobre Atina que dormía el sueño de los ángeles, y yo mismo siendo rey de los reyes y señor de cuanto baña la mar, como un esclavo sin libertad, sin alegría, ultrajado miserablemente por el extranjero, sembrar los campos de la patria, regándolos con mis lágrimas para mantener el impío soldado, que abrasaba con fuego y sangre la maldicienda tierra de los reyes de Hahiti... ¡Terrible, muy terrible y desastrosa es la historia de los últimos dias de mi triste vida!...

(1) Antes que llegara el enviado de Guacanajari, se habían acercado algunos indios al lado de la capitana que mandaba Colon, gritando almirante, almirante, y subieron arriba hasta haberlo visto.—Habiéndoles preguntado Colon dónde estaban sus soldados; contestaron, que unos se habían muerto y otros se habían internado en el país.—A la mañana siguiente, bajó á tierra á visitar la fortaleza convertida en ruinas, dirigiéndose á un pozo donde había prevenido á Arana echara los objetos preciosos que tuviera, en el caso de verse acometido de los indios: nada halló en él; pero dando vueltas, reparó cerca de la fortaleza la tierra removida, hizo escarbada y se encontró con siete cuerpos que creyó fueran españoles; pero que nada podía comprobar ni que fueran tales; ni si habían muerto de enfermedad ó de heridas, porque hacia mas de un mes habían sido enterrados, la ropa era de españoles, ¿quién sabe si tambien lo serian los cadáveres? Al día después, llegó un príncipe de la isla, hermano de Guacanajari, el que dió cuenta á Colon de la conducta imprudente y cruel en Arana, Escobedo, y Gutierrez; los cuales habían dado lugar á que sus soldados mismos se insubordinaran, atacando á los caciques, que al fin invadieron las tierras de Caonabo, y éste los había matado á todos; pero que Guacanajari había sido fiel á la promesa de mirar sus soldados como á hijos, hasta el punto de haber asistido con los suyos á la defensa de los españoles, en cuyo combate había recibido las graves heridas que no le dejaban venir á abrazar al almirante.—Colon, con el consejo de sus capitanes, saltó en tierra y fué á ver á Guacanajari, al cual encontró gravemente herido—aquel generoso príncipe, le contó lleno de dolor el fin de los españoles y le regaló ochocientos conchas, apreciadísimas de los indios, cien pedazos, y tres sacos llenos de granos de oro y una corona del mismo metal.

(1) Con este número de naves, entró Colon en Haití en el lugar llamado Puerto Real, el 17 de octubre, habiendo salido de Cadix el 27 de setiembre—conducía á bordo de aquellas naves mil quinientos voluntarios de toda clase de gentes, entre los cuales iban algunos nobles sedientos de gloria; doce sacerdotes presididos por un catalán, superior de la orden de San Benito, el cual iba provisto de un breve de Alejandro VI, que contenía facultades muy extensas, para velar la conducta que se tenía con los indios, impidiendo fueran maltratados.—En las naves se embarcaron caballos, toda clase de instrumentos de hierro, toda especie de granos y legumbres, para suministrar y de provisiones que se aumentaron luego en el puerto de Jomera, donde se proyectó Colon de las cabras, abejas, huevos, pavos, gallinas y palomas que luego procrearon en la isla. En este segundo viaje fué cuando descubrió á Maniglandi, la Guadalupe, Antigua, San Cristóbal, San Juan Bautista y Puerto Rico.

¡Dios mío, grandes fueron mis desventuras, muy extraordinarias y crueles!... de ellas ha nacido la generación maldecida para siempre, que germina en las montañas y llanuras de la desgraciada Hahiti, pero no quieras al despertarme del sepulcro, renovar el dolor de la honda herida que oprimió los días de mi afligido corazón, y que aun estreñe mis huesos emblanquecidos por las edades y por el frío inhumano y destructor de los siglos.—Escucha Hahiti, el último de mis tormentos: ahora que el mundo reposa en paz y que tus campos están cubiertos de flores, y tus colinas sembradas de palacios, y que otra raza de hombres puebla la tierra y otra cabeza que no es de la estirpe de Guacanajari sostiene la corona de Vagoniona, escucha Hahiti, el último de mis martirios.

Después de tantas y tan crueles desgracias, la debilidad se apoderó de mis entrañas: la fiebre me ahogaba de día y de noche; solo sabía llorar: mis pueblos huían de mi presencia, y para librarse de tanta crueldad no cultivaban la tierra; hambriento el extranjero, era mas tirano, lo que no destruía el hambre y la enfermedad perecía al filo de su espada: viéndome insensible á tantos dolores, los caciques maldicieron la hora de mi nacimiento, y sobre el altar del Tezmes, escondido en las profundas entrañas de Casibaxajua, juraron mi muerte; Caonabo, Manicate, Anacoona, Boechio, los capitanes de la sierra, los que vivían desconocidos y salvajes en las profundidades de las cuevas, todos juntaron sus falanges, y á mi y al extranjero, nos presentaron terrible y sin igual batalla la mas grande que ha visto el sol: la sed y el fuego, la desesperación y el filo inexorable de la espada acabó la mitad de mis pueblos. Todo quedó destruido; las deshechas bandadas de guerreros, no hallando abrigo en las arenas de la patria, á nado se fueron á otras tierras; estaba despoblada Hahiti, y sin embargo, cobardemente tenía aliento para soportar aquella existencia amarga y desesperada; pero en mí se cumplía la voluntad de Dios que castigaba la generación infeliz de los reyes de Hahiti!... ¡en mí se cumplía la maldición del destino!...

Al fin no pude ir á los combates; los males del espíritu enfermaron el cuerpo, la fiebre empezó á consumirme rápidamente; ya no tenía lágrimas para llorar: se apoderó de mi alma la insensatez: recoji del sepulcro los huesos de mi pobre Ainaima, era el único tesoro que poseía mi corazón; ya no era rey; me odiaban mis pueblos; el hambre me mataba; nadie me daba alimento: no tenía con qué abrigar mis heridas; y estaba sentado á la puerta del extranjero sin que una mano amiga ayudara mi cabeza, que desmayada, apenas podía levantarse de la piedra desnuda. El extranjero, á quien yo di hospitalidad siendo rey de los reyes y señor de cuanto bañaba la mar, me veía morir de hambre en el umbral de su palacio; y era sin embargo mío hasta el aire que respiraba!... ¡Triste fatalidad de las cosas humanas! pensaba en Dios y en él solo tenía puesto mi corazón... en aquellos momentos de angustia llegó delante de mí una nube de soldados conduciendo en gran triunfo un cacique cargado de cadenas, mi corazón se estremeció al mirarlo! era el terrible Caonabo (1), el guerrero de las minas de Cibao, que presagió la ruina de la patria, que por salvarla derramó mi sangre con su propia mano, amándome mas que á su vida; el cacique que hacia temblar con su valor á Colon y sus capitanes. Cuando los que le conducían lo arrojaron en tierra, cayó á mis pies. «Rey Guaca-

najari, me dijo: tú has sacrificado tus pueblos, entregándolos á la crueldad del extranjero: la sangre de tus hijos ha corrido á torrentes, el fuego ha abrasado nuestros hogares y las sagradas selvas; su furor ha reducido á cenizas el altar del Tezmes; las osamentas de los reyes de Hahiti han sido arrojadas del sepulcro; y tú, Guacanajari, enfermo, moribundo, sin aliento para sostener la vida; consumido por el hambre, maldecido de tus infelices pueblos, estás como un esclavo, á la puerta del extranjero, que no tiene compasión de tus dolores—ni apaga tu sed, ni calma tu necesidad... ¡pobre rey! Hahiti no olvidará tu triste nombre; yo te perdono con todo mi corazón: así te perdona la patria,» dijo cayendo de rodillas á mis pies anegado en lágrimas:—me levanté á responder al cacique descendiente de la sangre de Vagoniana y hermano de mi desventurada Ainaima: mi corazón estaba ya herido por la flecha de la muerte: «¡Bendito sea el Señor Dios, lo dije, que me ha concedido volver á verte antes de encerrarme en la oscuridad tenebrosa del sepulcro!... formidable guerrero de los estados de Maguana, mis hijos los devoró el hambre; á nadie tengo en el mundo que me llóre; á nadie que cierre mis ojos, ni que acompañe con sus lágrimas el silencio de mi subterránea noche... cacique de Cibao, toma la corona y las cibas de los reyes; al menos al dar el último suspiro, cuando mis angustiados ojos busquen por última vez la luz, llevaré á la eternidad el consuelo de que mi corona bajará gloriosamente contigo al sepulcro: contigo, que eres fuerte, y no envileciste el corazón, ni vendiste flojamente la patria, defendiéndola con heroicidad hasta el último momento de la vida... me ahogaba el dolor, y viendo llegar mi fin, coloqué trémulamente mi corona sobre su cabeza, cubierta de heridas; tendí las manos temblorosas para bendecirlo; pero en aquel momento, el alma se separó del cuerpo y dormí en el sepulcro, hasta hoy, que el destino quiere que cante por última vez los días de mi triste vida...

JOSÉ GUÉLL Y RENTÉ.



AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

No concluyó el rey su frase que se convirtió en un silencio afectuoso que no rompió hasta mucho tiempo después, para decir á Reginald cogiéndole la mano y apoyándola fuertemente contra el cañon

(1) Decidió Colon á mover guerra á los caciques de la isla, temiendo que sus fuerzas no fueran suficientes para oponerse á su número y ferocidad, discurrió destruirlos por la sorpresa y la astucia.—El mas temible de ellos era Caonabo, que anteriormente habia quemado el primer establecimiento de los españoles, matando á Araua y sus compañeros, y que cada día presentaba una nueva emboscada á los soldados del Fuerte de Cibao: este cacique dió en la simplicidad de enamorarse de la campañera de la Isabela, porque creia que hablaba y el sonido que se extendía por los aires, era para él de origen misterioso y celestial. Varias veces ofreció por ella grandes cantidades de oro; Ojeda, comandante de la fortaleza, le dió á Colon con motivo de entablar negociaciones sobre la venta de la campañera, que se atrevia á apoderarse del cacique en sus propios estados. Colon admirando el valor de este capitán le dió nueve hombres de á caballo, con los cuales llegó á la habitación del cacique, sin que los indios, viendo tan corto número, pudiesen tener la menor sospecha de desconfianza.

Caonabo salió á recibirlos; entonces Ojeda que llevaba un par de esposas de latón tan brillante como el oro, le dió que aquellas eran las insignias de los reyes de Castilla, que para honrarlo sobre todos los caciques se las mandaba Colon; que para ponerse las se retirara un poco de sus soldados y luego parecería á sus ojos con la majestad de los reyes. El indio no pudiendo creer que nueve hombres fueran capaces de tan heroico atentado, se retiró, dejó colocar las esposas en sus muñecas; una vez agorrotado, Ojeda saltó sobre su caballo, se lo ligó al cuerpo y en medio de las flechas y los gritos de los indios sale rompiendo, hasta llegar triunfante con aquel terrible cacique á la presencia de Colon, que luego lo tuvo encadenado en su casa, sin haber podido domar su altanero valor, hasta tal punto que jamás dirigió ni una mirada ni una sola palabra al alcaide, mientras que con Ojeda que lo habia prendido, tenía otra conducta mas apacible. Colon le preguntó una vez por que era aquella diferencia, el indio le respondió: tú no has osado venir á prender á mi misma casa, tu capitán ha sido mas valiente que tú. El robo de este cacique hizo levantar toda la isla: el 10 de marzo de 1496 en las dos carabelas que salieron para España fué enviado con dos de sus hermanos. Por falta de provision el hambre fué grande en las dos embarcaciones; hubo un momento en que estuvo decidido el comerse los indios; terrible idea combatida por Colon. En medio de aquella tribulación, triste y desesperado, viéndose lejos de Anacoona y de la patria, murió de dolor el infeliz Caonabo.

amigo mío, todos tenemos nuestros dolores sordos, ocultos, hayamos nacido en medio de la deslumbradora aureola del trono, en medio de la pobreza ó en la sombra del misterio...

—Como yo, murmuró Reginold, con la frente hundida como la del rey en la borrasca de la noche que envolvía cada vez mas la escuadra el cielo, las aguas y las montañas lejanas de la costa.

—Te he dicho el otro día, añadió el rey, bajando aun mas la voz, cuanto sabia respecto á tu origen, á riesgo de trastornar el brillante edificio de tus sueños... pero mi amistad te debía la verdad en el momento supremo de una crisis que puede arrebatarte mañana ó arrebatarme á mí el primero...

—Gracias señor, no me hacia ninguna ilusion respecto á mi nacimiento... No es eso en lo que únicamente se fija mi pensamiento.

—Por el mal que tal vez te he causado Reginold, prosiguió el rey, te debo decir el que he sufrido... y que ya no sufro.

Esta última parte de la frase confidencial del rey, fué proferida con un tono que daba un mentís al sentido que intentaba espresar. Un suspiro comprimido y una mirada rápida que se perdió en la vasta oscuridad esparció en derredor de la fragata, acabó de matar el resto de sinceridad que el rey creía haber dado á aquella confesion.

Que ya no sufro volvió á decir, haciendo aun alarde de su falsa firmeza. Reginold, pudo decirle ahora que estamos lejos de Stokholmo á mas de cien leguas de la ciudad de nuestros errores, de nuestras locuras, lo que produce en mí el efecto de un pasado de muchos años; ¿y en ti Reginold?

—En mí no señor, yo estoy aquí, pero mi corazón...

—El mío está curado, interrumpió vivamente el joven rey, pero prosigo.

En vez de proseguir, bajó el rey la cabeza en silencio mientras que Reginold levantó la suya hácia el cielo ó mas bien hácia la bóveda sombría y confusa que ocultaba el cielo.

Algunos minutos despues continuó así Carlos XII:

—Reginold, tú conoces todas las mujeres de mi corte; entre ellas no has distinguido una que haga dudar aun á los mas indiferentes si las otras son bellas, jóvenes, encantadoras?

—Señor, sucede con frecuencia que lo que uno ve con entusiasmo, otro no lo vé mas que con un simple sentimiento de admiracion.

El presentimiento de Reginold no le engañaba... iba á haber disputa.

—La condesa de Königsmarck, repuso el rey, ha venido á traer á mi corte seducciones ignoradas, encantos y placeres que no sospechábamos; una vida nueva, no es verdad Reginold?...

—Señor, la condesa es bella... ya se sabe.

—Muy bella! Reginold.

—Su gracia... es conocida.

—Perfecta, amigo mío.

—Pues bien Reginold, yo no sé lo que los demás, y tú mismo, habrán sentido á su vista, pero yo...

—No concluyais, señor, dijo Reginold.

—Por qué? por qué?... tienes razon tal vez en el fondo, ¿á qué renovar esas cenizas aun calientes? déjame concluir... mañana á estas horas tal vez estemos tú y yo en el fondo de este mar, que de minuto en minuto nos conduce bajo las baterías de Copenhague... Oh los daneses! traidores! espumadores del reino!... ¿No haré yo pasar la quilla de mis navios sobre sus flotas? No quemaré á Copenhague y tan bien que se perciba desde Stokholmo el humo y el fuego, y que se diga... sí, quiero que podais decir, mis buenos suecos, admirando el incendio, nuestro rey ha arribado á buen puerto. Está bien, pero y si una bala de cañon nos divide en dos?... déjame pues acabar mis confidencias, querido Reginold continuó el joven rey echando amistosamente sus brazos en derredor del cuello del joven favorito.

Reginold intentó vencer su emocion.

—Te decía que todos habiais permanecido indiferentes á la belleza maravillosa de la condesa Aurora, mientras que yo mas loco que todos vosotros he conocido que la amaba.

—Era un capricho real... balbuceó Reginold con una sonrisa de las mas forzadas.

—¡No, era amor!

—Un capricho de príncipe causado de la mesa y de la caza.

—No, Reginold, un profundo amor.

—No hay tal! Señor, no hay tal!

—Te digo que sí, exclamó el rey con la violencia de su temperamento, haciendo volver hácia él bruscamente el rostro de Reginold que Carlos XII no veía mas que de perfil; te digo que sí, un verdadero amor, como hay una verdadera hambre, una verdadera sed, un verdadero sueño. Te digo que era amor. Por otra parte si quieres pruebas mas fuertes, te diré que la amaba hasta el punto que solo de ella hubiera dependido el obtener de mí cuanto hubiera deseado en riquezas y dignidades hasta llegar á ser...

—¿Reina de Suecia?...

—Sí.

—Pero señor.

—No sería la primera vez que un rey sin hacer una cosa indigna, se casase con una condesa.

—Y no ha querido ella.

—Nada me ha pedido.

—Reginold respiró... pero la felicidad que se desliza en los corazones mas ingenuos, le impulso aun á decir:

—Esa modestia por parte de la condesa de Königsmarck, proviene tal vez de que no sentía una pasión en el mismo grado que vos.

—Te equivocas Reginold, interrumpió el rey; la condesa... ¿No eres bastante discreto, amigo, para saberlo todo?

—¿Pues bien la condesa?

—Me amaba, Reginold...

—¿Os amaba!

—Mas bajo, mas bajo, Reginold, los centinelas, el timonel, los hombres de cuarto, podrian oírlos. Me obligas á decirlo: pues sí, me amaba.

—¡No, no señor, no os amaba!

—No comprendo, replicó el rey, con una risa colérica, tus asombros sin causa, tus perpétuos mentís... Sé que tu incredulidad procede de que no quieres ver debilidad en tu amigo que es rey, que tiene un estado poderoso que gobernar; pero escucha hasta el fin y lo creerás todo si es que nada quieres creer mas que al precio de mi arrepentimiento... de mis pesares... por una debilidad... ¡Ah sí, Reginold, me amaba...

—Respeto vuestra convicción señor, dijo Reginold, con voz sofocada, á la vez por la rabia y por el respeto.

—¿No crees, pues, en el amor de la condesa á mí?

—¿Señor!

—¿Sabes que vas á concluir por herir mi amor propio, Reginold?

—No señor. Son siempre los mejores entre los que aman, los mas amados. ¡Cortesano... te vas enmendando! porque no era el mejor, he sido amado, tiernamente amado...

Levantóse Reginold bruscamente para dejar el sitio que ocupaba... ya no era dueño de sus movimientos, de sus pensamientos, ni de sus palabras... El último instinto de prudencia le dió este consejo... Detávole el rey.

—Veo, le dijo, que necesitas pruebas de que he sido tiernamente amado de la condesa.

—¿Las tendreis señor? preguntó Reginold.

Su sangre fría en este momento, no era otra cosa que un furor estremado.

El rey respondió con un silencio afirmativo. En este momento aumentó el viento considerablemente, sopló con bruscas ráfagas en las velas, alborotó los olas y triplicó la oscuridad. Era lo que los marinos del norte llaman una tempestad seca. Entrando esta eventualidad barométrica en las previsiones del viaje, se vió por un movimiento universal, suspender á todos los navios de la escuadra, de sus mástiles una linterna amarilla. Esto queria decir que iban á guiarse por el navio almirante, por el *Carlos XI* que marchaba á la cabeza, iluminado igualmente por una linterna de color, pero que era roja en vez de ser amarilla. El efecto de estas linternas amarillas colocándose en una sola linea á fin de que ninguno de los navios que la llevaba se estraviase en medio de la tempestad, era de los mas pintorescos. La fragata *El Calmar* donde se hallaba Carlos XII izó tambien su linterna amarilla.

Ejecutada esta maniobra, volvió el rey á la confidencia en el punto en que la habia dejado, complaciéndose en prolongar así el intolérable suplicio de Reginold.

—Hé aquí las pruebas ciertas de que era amado de la condesa de Königsmarck, incrédulo Reginold. Por lo pronto este retrato recibido en cambio del mío.

—El retrato de la condesa!

—Miralo... asegúrate de ello... además que tiene un gran parecido.

Tomar el medallon que le ofrecía el rey, correr á examinarlo á la luz de la lámpara que iluminaba la brújula, y volver al instante á entregarlo á su rival coronado, fué obra de un instante para la impaciencia nerviosa de Reginold.

—Qué tal?

—Pues bien señor, ahora ya no dudo.

—Es una gran felicidad.

—Si ese retrato es el de la condesa Aurora... erais amado... lo sois todavía... os lo devuelvo... ¿qué no pudiera guardarlo para confundirla! Cómo la confundiria con ese testimonio de su falsedad!... Si la volviese á ver a'gun día!... Señor, repitió Reginold, os devuelvo este retrato...

El medallon temblaba en su mano llena de sudor.

—No, qué haria yo de él?... Es el mas dulce... pero tambien el mas acusador de los recuerdos de un pasado que ha estado á punto de

hacerme perder mi trono... todas las debilidades se dan la mano... he roto la cadena de ellas... si la he roto... esa mujer, ese retrato!..

Cogió el rey convulsivamente el retrato de la condesa de Koenigsmarck como para llevarle á su corazón y á sus labios, pero deteniéndose con un gesto seco y violento dijo: No! no!... Reginold?

—Señor.

—Toma ese retrato...

—Me lo dáis, señor?...

—Arrójalo al mar...

—Pero señor?...

—Obedece...

El ruido de un cuerpo que cae en el agua probó á Carlos XII que había sido obedecido.

Reginold había deslizado el retrato de la condesa en el bolsillo y había arrojado su bolsa al mar.

El rey, pues, fué engañado.

—Ya no queda mas que una prueba de esa pasión que no negarás en adelante, continuó Carlos XII.

—Todavía una prueba, señor?

—Mas convincente que el retrato, si es posible.

—No quiero conocerla, esclamó Reginold.

—Imaginándose que Reginold rechazaba aquella última prueba solo por delicadeza y por no aparentar continuamente poner en duda su veracidad, replicó Carlos XII.

—Recorre esas cartas.

—Cartas!...

—De su mano...

—Traición!...

—Qué dices?... No me ha hecho traición...

—No señor... no es ese mi pensamiento... son... cartas de ella!...

—Yo no la hago traición... la olvido... quiero no saber de ella... No la he conocido nunca...

El rey había deslizado en las manos de Reginold la pequeña cartera en que estaban cerradas las cartas de la condesa.

Durante algunos minutos uno y otro guardaron la misma actitud, el mismo ceño; el rey parecia no poder separarse de aquella cartera que Reginold deseaba y temia posar de miedo de ver su última esperanza, dar su último suspiro entre sus manos.

Durante algunos minutos hubo cierta indecision en los movimientos de la escuadra, cuya posicion exacta en medio de aquella noche tempestuosa debemos decir

No estaba mas que á veinte y cinco leguas de Copenhague é iba á encontrarse, segun los cálculos de los oficiales en una situacion difícil pero mas difícil aunque critica, puesto que estaba prevista. Tres pasos se abrían delante de ella en el punto de navegacion á que habían llegado; uno entre la tierra firme y una isla, otro entre esta isla y otra poco mas ó menos de la misma estension, el tercero entre la segunda de estas islas y el mar. El paseo entre la isla y la tierra firme estaba ocupado por la flota danesa protegida por las formidables baterías de la costa; intentar pasar por allí era hacer pulverizar la flota sueca, de la que ni un solo navio hubiera llegado al día siguiente á vista de Copenhague; en cuanto al segundo paso, el que formaba la aproximacion de las dos se reputará siempre para los navios de alto porte; y nunca lo emprendian; decíase que eran doce ó quince leguas de islotes, de escollos ó de rocas á flor de agua.

(Se continuará.)

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI),

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

V.

Inesperada sorpresa
el francés monarca siente,
cuando llegó hasta las verjas
con Alarcon que no pierde
ni sus menores miradas
ni sus acciones mas leves.
Espléndida cabalgata
ante sus ojos se ofrece,
mas no abruman armaduras
los indómitos corceles,
ni caparazon de acero
sus pechos robustos tienen,

que en vez de llevar el peso
de los armados ginetes,
mal reprimen su arrogancia
con riendas de seda leve
veinte bellísimas damas
que visten en vez de arneses
trajes de rica labor
sobre brocado luciente,
y perlas en el cabello
y diademas en las sienes.
Pages llevan sus bridones
con lujosas sobrevestes
de los colores que visten
las damas que los sostienen
y sobre el pecho bordados
de su blason los cuarteles.
Odoríferas antorchas
otros delante sostienen,
que á su claridad brillante
hace que vencida quede
de la luna melancólica
la luz azulada y débil.
De Pálamos la condesa
luce allí su tez de nieve
contrastando con la esposa
del gobernador valiente,
en que su africano origen
bien á las claras se advierte
y la señora de Módica
y otras que á ninguna ceden
en blasones de hidalguía
y en virtud, que resplandecen
en la belleza que todas
con tipo diverso tienen.
La lujosa comitiva
en la verja se detiene
y al mirar al rey tras ella
que lo que vé no comprende,
la de Cardona discreta
saludóle cortesmente.
—¿Es quizá tal mi ventura,
(respondióle el rey galante)
que merezca estar delante
de tan perfecta hermosura?
Nunca pude esperar yo
el mirarme tan honrado
que á quien nació desgraciado
siempre la ventura huyó.

LA CONDESA.

—Las nobles de Barcelona
aunque os contemplan vencido,
comprenden que un rey caído
á quien su valor abona,
debe sufrir con la suerte
que el destino le brindará,
y que mejor aceptará
que los honores la muerte.
Mas puesto que cosas son
de los azares de guerra,
de las damas de esta tierra
recibid la admiracion:
que si á la lid animamos
los que á combatiros fueron,
hoy que triunfantes volvieron
con vos vencido lloramos.

EL REY.

Por mas que me cause enojos
siempre viviera cautivo,
por lograr ver compasivo
el brillo de vuestros ojos;
y ahora acierto á comprender
el valor de los guerreros
que á mis nobles altaneros
supieron fuertes vencer,
pues animados por vos
en las guerreras campañas,
sus valerosas hazañas
parar debe solo Dios.

LA CONDESA.

Fama teneis de galante
y á la verdad que no miento

EL REY.

Tan solo mi pecho siente
que no he de serlo bastante.
La plática comenzada
sostenida se mantiene,
y en tanto Alarcon que á espacio
cuando la verdad comprende
del prisionero monarca
delicado se detiene,
entre las sombras oculto
palpar su pecho siente
al mirar tanta hermosura
como antes sus ojos tiene,
pues aunque duro en la guerra
contra duros combatientes
delante de las hermosas
es como ante el sol la nieve.

Al fin la empezada plática
oye terminar alegre,
y que vane despidiendo
entre saludos corteses
las damas del caballero
aguijando sus corceles.
En cambio de su vista
su gratitud les ofrece,
el monarca, y que si libre
hasta su patria volviese,
nunca á España tornarían
los ejércitos franceses;
y al tocar á la de Mòdica
despidiése de esta suerte
—Que Dios os guarde señor
y que os colme de ventura,
de su madre santa y pura
por el celestial amor.

De Monserrat en el ara
por vos de hoy mas pediré,
y que proteccion os dé
pues que al desgraciado ampara.

Al escuchar Monserrate
como quien recto tiene
grabado en el corazon
de escenas que le conmueven,
dijo el rey á la condesa
que á escucharle se detiene:

—Monserrate: yo escuché
ese grito de victoria
cuando humillada mi gloria
en el combate dejé.

El grito triunfante era,
que daban vuestros guerreros:
también á los marineros
lo escuché de mi galera,
y cuando al bogar un monte
de varia forma miraban,
cuyos picos destacaban
en el lejano horizonte,
á ese nombre pude oír,
un cántico de alabanza
que perdido en lontananza
iba en la roca á morir.

—Si vierais lo que debemos
á esa Virgen venerada,
comprenderiais la estremada
devocion que la tenemos.

—¡Oh! concededme un favor
dijo al punto el rey cristiano.

—Decid que no será en vano,
pues lo concedo, señor.

—Nada valgo, nada soy,
pues monarca prisionero
ni aun mi espada de guerrero
ofrecerla puedo hoy.
En una lid empeñada

dejé mi corona puesta,
y únicamente me resta
esta sortija adorada.
Fué de mi madre, señora:
ya comprendéis su valor,
pues sabreis todo el amor
que un hijo amante atesora.
Tomadla y en pobre ofrenda
á esa Virgen tan querida
dejársela en mi partida
de mi cariño coal prenda.
Nada vale: es pobre el don
y de mezquina valia,
mas vá en ella, madre mia
mi cristiano corazon.

Calló el rey: tras breve pausa.

bajó devoto la frente,
y el ángel de las plegarias
batiendo las alas leves
una oracion elevó
al Señor Omnipotente.
Dió la sortija á la dama
que conmovida promete
cumplir con lo que desea
apenas el sol se muestre;
y á poco, solo se oían
de los lejanos corceles
el galope acompasado
y el eco que lentamente
cada vez se disminuye,
y cada vez es mas leve,
hasta que del todo al fin
completamente se pierde.

CONCLUSION.

A otro dia las galeras
de la ciudad se despiden
y tras breve travesia
pronto á Valencia distinguen
con la brisa adormecida
de sus moriscos jardines.
De alli conducen al rey
á Madrid, que le recibe
con el aparato mismo
cual cautivo de su estirpe;
y aun se conserva la torre
en la plazuela que dicen
de la Villa, donde estuvo
hasta que al fin tornó libre
después de dejar firmados
los tratos que le redimen.
Y es fama que nunca pudo
olvidar la noche triste
que pasara en Barcelona,
ni á la de Mòdica insigne
ni el nombre de Monserrat
donde aun la iglesia subsiste
de la imágen milagrosa
que vió á sus plantas rendirle
tributo y adoracion.

Reyes de encumbrado origen
y guerreros vencedores
y santos pobres y humildes.
Y hace poco se veia
de la inesperada eligie
en el dedo la sortija,
cuyo recuerdo sublime,
con la cristiana creencia
que pura en su pecho vive
al trovador ha inspirado
del Auillo de la Virgen.

Enero 1855.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Cada oveja con su pareja.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.